

Cuando Halfoor dejaba ver este objeto venerable, se guardaba mucho de soltarlo, y lo retenía asido por la cadena.

Un día en que estaba rodeado de un grupo de campesinos y el reloj pasaba así de mano en mano, entró Elías en la tienda. La historia había llegado á sus oídos, sin que, por lo demás, despertase sus celos; pero encontraba ridículo que todo el mundo permaneciera así en contemplación de aquella vetustez estropeada. Se deslizó detrás de los inclinados sobre el mostrador, y para embromar á Halfoor, avanzó bruscamente el brazo y arrancó el reloj con la cadena. Halfoor se precipitó. Elías dió un salto atrás, manteniendo el objeto en alto, como un terrón de azúcar con el cual se excita á un perro. Halfoor puso una mano en el mostrador, y saltó encima de él, con ademán tan furioso, que el otro en lugar de devolverle el reloj, huyó espantado hacia la puerta. A ésta accedía una escalera de madera con los escalones usados. Elías hundió el pie en un agujero, vaciló y cayó.

Ya Halfoor se había echado sobre

él, y, recuperando el reloj, le propinó duramente algunos puntapiés.

—No vale la pena de golpearme— dijo el borracho con voz ronca.— ¡Mira mi costado!... No puedo valerme de brazo ni pierna para levantarme... ¡Ayúdame!

—Ya te ayudarás tu mismo cuando hayas dormido la mona.

—Si no estoy borracho. Es que tuve una mala caída.

Acertaba. Halfoor recogió al miserable que yacía á sus pies, y fué necesario volverle á Ingmarsgard en su cochecillo de fondo plano.

Con el hombro roto, con las piernas colgando como la correa de un látigo, clavado en su cama para el resto de sus días sin fuerza ni movimiento, Elías no había perdido el uso de la palabra, y mañana y noche pedía aguardiente. El doctor había prohibido á Karina darle una gota de alcohol. Y toda la granja se llenó entonces del ruido infernal de blasfemias y de palabras groseras.

El enfermo, queriendo beber á todo trance, intentaba obtener á gritos lo que no alcanzaban sus súplicas, é impedía á todo el mundo dormir. Este

año fué el más duro para Karina; y más de una vez se creyó llegada al límite de sus fuerzas. El maestro de escuela continuaba guardando á Ingmar, porque no quería que el muchacho volviese á la granja ni un sólo día, aunque fuese el día de Navidad. Todos los criados de Ingmarsgard, estaban más ó menos emparentados con los dueños y habían crecido y envejecido junto á ese hogar; sin lo cual no hubiesen permanecido allí, pues Elías buscaba medios sutiles de atormentarles, y les hacía pasar las noches en claro.

Karina vivió en este desconsuelo un invierno, un verano y otro invierno; cuando quería estar sola se había acostumbrado á ir á cierto sitio para pensar en su desgracia. Era un banco estrecho, detrás del jardinillo de lúpulos. Permanecía sentada allí con los codos en las rodillas, el mentón entre las manos, los ojos sin mirada, sin ver nada de los campos vastísimos que se sucedían hasta las líneas numerosas de las colinas y de las montañas.

En este lugar Karina se había refugiado en una tarde de abril, débil

y descorazonada, como se está á veces en invierno cuando la nieve aparece polvorienta y sucia y las lluvias no han lavado aún el suelo. El sol era picante, pero el viento del norte jugaba libre y fuertemente á su alrededor, porque las plantas de lúpulo que estaban durmiendo el sueño invernal bajo su manto de pinocha, no le protegían aún. Algunos papeles viejos, trapos y briznas de hierba seca se movían atorbellinadamente en el suelo. En lo alto de las montañas, las nieves que se fundían, se evaporaban en la niebla. Las cimas de los sauces comenzaban á tomar su tinte violeta, pero en lo alto de la cordillera de montañas se deslizaba todavía un festón de nieve. Sin duda llegaba la primavera; pero Karina se sentía más fatigada que jamás. Todos los trabajos, que proseguían sin tregua: las siembras, la siega, la cocción del pan, la colada, el tejer, la costura, le inspiraban una especie de terror. Se sentía aplastada anticipadamente.

—¡Morir! ¡Quién pudiera! —murmuró lentamente.—Ya no vivo sino para impedir que Elías beba.

En este momento levantó los ojos, como si hubieran pronunciado su nombre. Halfoor estaba delante de ella, apoyado en la tapia, y la contemplaba. Karina no le había oído llegar, pero el joven debía de estar allí desde hacía algún tiempo.

—Ya me figuraba que te encontraría aquí—dijo.

—¡Ah, te lo figurabas!

—Sí. Recordaba que en otros tiempos solías venir á este lugar, cuando disponías de un instante para acariciar tus penas.

—En este tiempo no tenía yo muchas penas que acariciar.

—Cuando no las tenías, las inventabas.

Al verle alto y gallardo, pensó Karina que él la encontraba ridícula por no haberle escogido. «Le parece, se dijo, que ha llegado el momento de venirse á burlar de mí».

—Vengo de hablar con Elias. He venido, sobre todo, para hablar con él.

Karina no respondió. Permanecía con el busto derecho y rígido, con los párpados bajos, mano

sobre mano, resignada á tolerar los sarcasmos.

—Le he dicho—prosiguió Halfoor,—que me consideraba responsable á medias de su desgracia, puesto que el accidente había tenido lugar en casa.

Se detuvo, esperando un signo de asentimiento ó de desaprobación, pero Karina permaneció silenciosa.

—Por eso he querido saber si aceptaría el venir á habitar en ella por algún tiempo. Eso le distraería un poco. Vería más gente que aquí.

Oyendo estas palabras, Karina levantó sus párpados, sin moverse.

—Y así lo hemos convenido—continuó Halfoor.—Desde mañana, le harás transportar á casa. Ya me figuro que, si consiente, es porque se figura que yo le daré aguardiente. Pero ya comprendes, Karina, que no beberá ni más ni menos que en tu casa... Te esperaré mañana. Ocupará el camaranchón de la trastienda, y le he prometido que la puerta permanecería abierta y que así vería mucha gente.

Karina se había preguntado al pronto si no se trataba de una inven-

ción para burlarse de ella, pero á medida que el joven hablaba se daba cuenta de cuán seriamente lo hacía. Siempre había supuesto que Halfoor la había solicitado porque era rica y de buena familia. Y, como á su propio juicio, ella no era de las que atraen las miradas de los hombres, jamás había creído que se la pudiese amar por sí misma. Por eso lo mismo le había importado Halfoor que Elias. Pero cuando Halfoor vino á ayudarla, á soportar su pesada carga, ante tanta bondad, y, tal vez ante tanto amor, su corazón se puso á latir de una manera inquieta y violenta. Despertó en ella algo que jamás había sospechado. Experimentó que la bondad de Halfoor calentaba todo su sér, y que el amor prendía en él como una llama.

Él continuaba exponiendo su proyecto, con el temor de que ella le hiciera objeciones.

—También Elias es digno de lástima—decía.—El pobre necesita la variedad. Seguramente no será tan malo conmigo como contigo. Siempre hay diferencia entre creerse ó no el amo.

Karina no sabía que hacer, que decir; le parecía que no podía hacer un gesto ni pronunciar una palabra que no revelase á Halfoor toda su ternura y todo su amor. Sin embargo, debía contestar. Halfoor, siempre en pie, esperaba su respuesta. Se levantó, como empujada por una fuerza irresistible, avanzó hasta él y le acarició dulcemente la mano.

—¡Que Dios te bendiga, Halfoor—dijo con voz entrecortada,—que Dios te bendiga!

¿Adivinó el joven lo que pasaba por ella? Cogióle bruscamente la muñeca y la atrajo con violencia.

—¡No! ¡No!—gritó ella, espantada, arrancándose á su abrazo y huyendo.

\* \* \*

Elias fué, pues, á habitar con Halfoor, y pasó todo el verano en la trastienda. Pero el joven no debió ocuparse mucho tiempo de él, porque murió en otoño.

Poco tiempo después de su muerte, la madre Stina dijo á Halfoor:

—Me gustaria que Halfoor me prometiese una cosa.

El se estremeció y levantó la cabeza.

—Halfoor me va á prometer ser muy paciente respecto á Karina.

—Ciertamente, —respondió él, asombrado.

—Sí; es una persona digna de que se empleen siete años cumplidos, si es necesario, para conseguirla.

Pero la paciencia no era una cosa cómoda para Halfoor. Apenas hacía quince días que Elías estaba enterado y ya empezaron los dimes y diretes. Se citaban ya los nombres de los que pretendían la mano de Karina. Un domingo, por la tarde, el joven, sentado en los escalones de su tienda, se entretenía en ver pasar los transeuntes, cuando reparó en una serie de carricoches muy lucidos que avanzaban camino de Ingmarsgard. El primero iba conducido por uno de los contra maestres de la fábrica de Bergsana, el segundo por el hijo del fondista de Karsmund; y Berger Persson, fuerte propietario del pueblo más próximo, se repantigaba en el tercero. Era el labriego más rico de toda la Dale-

carlia occidental, hombre entendido y de sólida reputación, de edad sazonzada, casado una vez, casado otra vez en segundas nupcias, y nuevamente viudo.

Cuando reconoció á Berger Persson, Halfoor no pudo contenerse. Un instante después, ya estaba en camino, más allá del puente, del lado en que se levantaba la vieja alquería.—«Querria, simplemente, ver —se dijo á si mismo, á modo de excusa,—á donde iban todos esos coches.»—A medida que los seguía, se impacientaba.—«Lo que hago es absurdo—dijo, pensando en la recomendación de la madre Stina.—Pero iré hasta la reja. Quiero ver lo que pasa allá abajo.»

Berger Persson y los otros dos hombres, se habían instalado en la sala de Ingmarsgard y tomaban café. Ingmar Ingmarsson, que continuaba habitando en casa de Storm, pero que cada domingo era conducido á la granja, estaba sentado á la mesa, ocupando el sitio del amo de la casa. Karina había pretextado ocupaciones domésticas, y todas las criadas

habían salido á oír el sermón del maestro de escuela.

Grave aburrimiento reinaba en la vasta estancia. Los pretendientes bebían el café en silencio. Apenas se conocían, y cada uno de ellos acechaba la ocasión de deslizarse hasta la cocina, para hablar con la dueña.

Abrióse la puerta y entró un nuevo visitante. Ingmar dió algunos pasos á su encuentro y le condujo hacia la mesa.

—Es Tims Halfoor Halfoorsson— dijo á Berger.

Berger saludó, sin levantarse, moviendo levemente la mano, y dijo, en tono ligeramente burlón:

—Mucho me honra ser presentado á hombre tan conocido.

Ingmar adelantó una silla para Halfoor con tal ruido, que éste se halló dispensado de responder.

La llegada de Halfoor desató las lenguas de los pretendientes. Tornáronse charlatanes; se pavonearon, colmándose de elogios, sosteniéndose, excitándose uno á otro, como si se hubieran juramentado para colocar al nuevo fuera de la partida.

—Magnífico caballo teniais hoy—

dijo el contraamaestre, dirigiéndose á Berger Persson.

Este le devolvió el piropo, apresurándose á felicitar al contraamaestre por cierto oso que había muerto el año anterior. Después, los dos, se volvieron al joven fondista y le hicieron grandes elogios de la parte nueva de la posada, que su padre acababa de construir. En fin, el contraamaestre y el fondista celebraron á coro la riqueza de Berger Persson. Su elocuencia no se agotaba y cada una de sus palabras dejaba entender á Halfoor que su humildad no le permitía compararse á ellos. Y Halfoor se daba cuenta de su pequeñez, y ya sentía amargamente el haber venido.

Karina entró para servir una segunda taza de café. A la vista de Halfoor experimentó de pronto un gran sentimiento de alegría; pero luego pensó que, habiendo pasado tan poco tiempo de la muerte de Elias acá, su visita sería mal interpretada, y su apresuramiento haría sospechar que había cuidado mal á Elias, para sucederle más pronto. Karina prefiriera que hubiera espe-

rado un par de años. Este hubiera sido un lapso decoroso, y las gentes comprenderían que no había querido mal al difunto.—¿Por qué se apresura de este modo?—dijo.—¿No sabe que jamás debo casarme sino con él?

Cuando Karina entró, reinó otra vez el silencio en la sala, y los allí reunidos multiplicaron su silencio para ver de que modo Halfoor y ella se saludarían. Se tocaron apenas la extremidad de los dedos. Entonces, el gran propietario, decano de los conjurados, dejó escapar un silbido breve y agudo, que pareció autorizar al contraamaestre á soltar la carcajada.

Halfoor se volvió hacia él, y le dijo en tono muy tranquilo:

—¿De qué se ríe el contraamaestre?

Este último no encontró de pronto palabras con que responder, porque no hubiera querido, delante de Karina, soltar una frase molesta.

—Piensa en el perro de caza que levanta la liebre y deja á los cazadores el cuidado de cobrarla—respondió el fondista.

Con la cara encendida, Karina servía el café.

—Berger Persson y todos vosotros—dijo, excusándose,—os contentaréis con café, porque en Ingmarsgard no damos alcohol.

—Ni en casa tampoco—respondió el decano.

El contraamaestre y el joven fondista se callaron, porque comprendieron, sobre todo este último, que Berger acababa de obtener sobre ellos una señalada ventaja. Este disertó con complacencia sobre la templanza y sobre los peligros del aguardiente, y Karina le escuchaba, satisfecha de encontrar sus propios pensamientos en boca de hombre tan respetable.

Mientras hablaba, Berger Persson echó una ojeada á Halfoor y le vió sentado, sombrío y mudo, antesu taza intacta. «No deja de ser un poco duro para él, pensó, si es verdad, como dicen, que le ha ayudado un poco á Elías á liar el petate. Francamente, era una buena acción la de librar á Karina de marido tan miserable». Y la sensación de que su propia causa estaba ganada más que á medias, le hizo más amable hacia el joven. Levantó la taza, y dijo:

—¡A tu salud, Halfoor! Has sido de gran socorro para Karina, cuidando al desgraciado de su marido.

Halfoor, con los ojos fijos, se preguntaba cómo debía acoger estas palabras.

El contramaestre soltó el trapo.

—¡Sí, de gran socorro—exclamó—de gran socorro!

Y el fondista repitió sonriendo:

—¡Oh, sí, de gran socorro!

Aún no habían acabado de reir, y ya Karina se había deslizado fuera de la estancia, como una sombra. Se detuvo junto á la puerta de la cocina, con la oreja tendida á cuanto se decía, triste y desesperada porque Halfoor había vuelto tan pronto. Su precipitación acabaría por hacer el matrimonio imposible, porque las malas lenguas ya empezaban á agitarse.

«No sé como podré soportar su pérdida» se preguntaba, con la mano crispada sobre el corazón.

Oyó, en medio del silencio, que se movía una silla. Alguien se levantaba.

—¿Halfoor va á partir?—preguntó el joven Ingmar.

—Sí—respondió Halfoor,—no puedo quedarme más. Ya me despedirás de Karina.

—Halfoor puede pasar á la cocina á despedirse.

—No, todo está dicho entre nosotros.

El corazón de Karina se puso á latir y sus pensamientos se precipitaron. Halfoor estaba enfadado con ella. Y ¿quién lo extrañaría? Karina le había tocado la mano apenas, y, cuando los otros se habían mofado de él tan cruelmente, no sólo no lo había defendido, sino que se había escapado sin decir nada. Ahora, Halfoor creía que ella no le amaba. Partía. Jamás volvería á poner los pies en la granja. ¿Cómo había podido obrar así, ella, que le quería tanto? De repente, el viejo decir de su padre le vino á la memoria: «que los Ingmarsson no debían vivir de la opinión de los hombres, sino seguir únicamente los caminos de Dios».

Karina abrió la puerta y se encontró ante Halfoor, antes que éste hubiese tenido tiempo de franquear los umbrales.

—¿Vas ya á partir, Halfoor?—dijo.



—Me figuraba que te quedabas á cenar aquí.

El joven la miró; Karina había cambiado de aspecto y aparecía roja y ardiente, con algo de conmovedor y tierno que él no le conocía aún.

—Es que me marchaba—dijo, sin comprender lo que ella quería,—es que marchaba para no volver más.

—¡No, hombre! Ven á tomar tu café.

Le tomó por la mano y le condujo de nuevo á la mesa, y su rostro se encendía y palidecía sucesivamente, y los ánimos le faltaron más de una vez. Pero se sostuvo, aunque el desprecio y el sarcasmo fuesen para ella el más amargo de los sufrimientos. «A lo menos, verá que quiero compartir con él tan pesada carga», pensó.

—Oid, Berger Persson y los demás: —dijo Karina—Halfoor y yo aun no hemos hablado del asunto, porque hace muy poco tiempo que soy viuda; pero me parece preferible que todos lo sepan desde ahora: prefiero casarme con Halfoor que con otro cualquiera.

Se detuvo, porque su voz temblaba. Después prosiguió:

—No importa que cada cual lo comente á su gusto.

Y se acercó á Halfoor, como para buscar á su lado un refugio contra las malas palabras.

Los pretendientes permanecieron silenciosos, asombrados sobre todo al notar la mudanza de Karina, que en su vida había tenido el aire tan joven, tan de muchacha.

—Cuando recibí el reloj de tu padre—dijo al fin Halfoor, con voz insegura,—creí que ya no me podría suceder nada más grande; pero lo que acabas de hacer lo rebasa todo.

Karina, llena de angustia, continuaba esperando lo que dirían los otros. Entonces Berger Persson se levantó.

—Queremos—declaró este varón excelente,—felicitar á Karina y Halfoor, porque sabido es que aquel á quien escoge Karina Ingmarsdotter está sin mancha y sin reproche.